

Tercer Domingo de Adviento B2020

Las lecturas de este tercer domingo de Adviento hablan de la alegría de la venida del Señor. Nos invitan a alegrarnos, porque el Señor que estábamos esperando y para quien nos preparábamos, está acabo de llegar.

En la primera lectura, Isaías describe su misión al pueblo de Israel. Lo afirma como la de llevar alegría al pueblo y el de anunciarle el fin de su angustia y el comienzo de su liberación. Él compara el gozo de lo que el Señor ha hecho por ellos con el gozo que surge de la tierra cuando da plantas.

Este texto nos ayuda a comprender el sentido del Evangelio de hoy, ya que habla de Juan el Bautista y su testimonio. En primer lugar, el Evangelio comienza diciendo que Juan fue enviado por Dios para dar testimonio de la luz para que todos creyeran por él. Luego, da el contenido del testimonio de Juan. Se refiere en particular al testimonio que dio a los judíos enviados desde Jerusalén por los sacerdotes y los levitas para preguntarle sobre su identidad. Muestra que en su respuesta, Juan no pretendió ser el Cristo o Elías o uno de los profetas, sino simplemente una voz que invita a la gente a preparar el camino para el Señor.

También muestra la honestidad de Juan el Bautista, quien reconoció que mientras bautizaba en agua, el que venía después de él era más grande que él, hasta el punto de que no era digno de desatarse las sandalias. Finalmente, el Evangelio da la ubicación del río Jordán como el lugar desde donde Juan estaba desempeñando su ministerio.

¿Qué aprendemos de este evangelio? Hoy quiero hablar del gozo de la venida del Señor. De hecho, con el tiempo de Adviento, hemos iniciado un camino que nos lleva a la fiesta de Navidad. En el primer paso de este camino, fuimos invitados a esperar al Señor con paciencia y vigilancia.

El segundo paso de nuestro camino nos ha invitado a preparar el camino para el Señor, a enderezar nuestro corazón llenando los valles y hoyos de nuestra vida para que el Señor camine por nuestro camino. Llegamos hoy al tercer paso de nuestro viaje. Este paso nos invita a la alegría, porque el Señor está más cerca de nosotros que nunca, está por venir.

En la vida ordinaria, las personas se regocijan cuando las experiencias positivas de la vida prevalecen sobre las negativas, cuando la felicidad prevalece sobre la tristeza, la sonrisa sobre las lágrimas, la risa sobre el dolor y las expectativas se cumplen.

Jesús fue enviado por el Padre al mundo precisamente para cumplir las expectativas humanas de felicidad y alegría. Jesús es nuestra esperanza y nuestra salvación. Gracias a él, tenemos la seguridad de nuestra salvación eterna. La razón por la que nosotros, como cristianos, tenemos que regocijarnos es precisamente por la presencia de Jesús, que es el poder continuo de Dios en el mundo. Viene para liberarnos del poder del pecado.

Jesús mismo ha hecho suyas las palabras del profeta Isaías que dice que ha sido ungido por Dios con su Espíritu para llevar la buena nueva a los pobres, sanar a los quebrantados de corazón, proclamar la liberación a los cautivos y la libertad a los presos.

El testimonio de Juan el Bautista confirma que Jesús es el Mesías prometido y esperado. De hecho, cuando alguien es citado a un tribunal como testigo, se espera que diga la verdad para ayudar al juez y a los jurados a llegar a un veredicto justo sobre el asunto que están examinando.

Cuando Juan el Bautista dice que fue enviado para dar testimonio de la luz, nos invita a creer en Jesús y aceptar la verdad que nos dice de él. De hecho, Jesús es la luz del mundo sin la cual viviremos permanentemente en tinieblas. Como una casa sin luz permanece en tinieblas, así somos nosotros cuando Jesús no está con nosotros y no nos ponemos de su lado. Necesitamos a Jesús para vivir a la luz de Dios. Necesitamos abrazarlo a él y a sus palabras para que su luz nos rodee.

Juan el Bautista no es el Cristo, ni Elías ni uno de los profetas, sino un instrumento usado por Dios para señalar a Jesús. Es simplemente un simple mensajero cuyo deber es transmitir un mensaje sobre Jesús. En esta perspectiva, tiene sentido por qué dice que él es la voz que clama en el desierto, invitando a la gente a preparar el camino para el Señor. El papel de una voz es transmitir un mensaje. Una vez recibido el mensaje, la voz desaparece. Por eso no era Juan el importante, sino Jesús a quien predicaba.

Como Juan el Bautista, nosotros también somos instrumentos de Dios para la salvación de nuestros semejantes. Dios quiere llegar a muchas personas a través de nuestro ministerio. Dios nos necesita para que trabajemos por él, por la salvación de nuestros semejantes. Sin embargo, por importante que sea nuestro ministerio, no se trata de nosotros, sino de Jesús. Nunca podremos sustituirnos en el lugar de Jesús, como si estuviéramos predicando sobre nosotros mismos.

Todos nosotros, sacerdotes, diáconos, catequistas, somos simples siervos del Señor. Sea que sea nuestra elocuencia, nuestra dedicación a la obra del Señor y el conocimiento de las cosas de Dios, somos simples siervos del Señor. Hacemos solo lo que se nos pide. Por eso tenemos que ayudar al pueblo de Dios a que no fije sus ojos en nosotros, sino en Jesús, la luz del mundo. Juan nos enseña la humildad. Nos recuerda que no debemos darnos demasiado valor a nosotros mismos en lugar de lo que Dios nos asignó. Este Adviento, a ejemplo de Juan Bautista, tenemos que repensar nuestro papel en cuanto a la forma en que trabajamos con el pueblo de Dios, cada uno según el ministerio en el que está involucrado.

No necesitamos estar ciegos a la presencia de Jesús entre nosotros. El pueblo de Israel esperó durante mucho tiempo el cumplimiento de la promesa del Mesías que Dios le había hecho. Pero cuando vino Jesús, no lo reconocieron: “Hay uno entre ustedes a quien no reconocen”, dice Juan. Si no cambiamos nuestra vida, si nos aferramos a nuestros hábitos y no vemos la necesidad de aprovechar el Adviento para traer aire fresco de Dios a nuestras vidas, también corremos el riesgo de caer en la misma trampa que el Israelitas. Oremos, entonces, para que el Señor nos ayude a escuchar a Jesús, la luz del mundo. Escuchemos el testimonio de Juan el Bautista y creamos en Jesús. Imitamos la humildad de Juan el Bautista. Que Dios los bendiga a todos!

Isaías 61:1-2a, 10-11; 1 Tesalonicenses 5: 16-24; Juan 1: 6-8, 19-28



Fecha de la Homilía: el 13 Diciembre, 2020
© 2020 – Padre Felicien I. Mbala, PhD, STD

Póngase en contacto: www.mbala.org

El nombre de Documento: 20201213homilia.pdf